

Prólogo

LYDIA JIMÉNEZ

*Vicepresidenta de la Fundación Universitaria Española
Directora del Seminario de Pensamiento "Ángel González Álvarez"*

Decía San Agustín: *"El que quiera encontrar la causa de su alegría en sí mismo, estará siempre triste; pero el que quiera encontrar su alegría en Dios, estará siempre alegre, porque Dios es eterno. ¿Quieres tener una alegría eterna? Átate al que es eterno."*¹

La alegría es el pórtico y el espíritu de la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, la verdadera alegría que todos los hombres desean. Péguy llegó a sostener que el gran, el terrible descubrimiento de todos los hombres de cuarenta años es constatar que no se es feliz, que nadie lo ha sido y que nadie será jamás feliz. Sin duda —comenta Gustave Thibon— se refería a aquella plenitud absoluta y permanente que se sueña en la juventud y que, efectivamente, no existe jamás. Concluye este que, al estar aquí abajo indisolublemente unidos el bien y el mal, la alegría y la pena, el verdadero problema no es ser feliz o desdichado: es ser lo uno o lo otro en el nivel más elevado de uno mismo.

"Es tener alegría y sufrimientos auténticos y no dejarse fascinar por

¹ SAN AGUSTIN, *Sermón sobre el evangelio de Juan*, n° 14, 1-3.

la posesión o la privación de bagatelas. No desparramarse en dolores vanos y en felicidades ilusorias. Si es necesario, consumirse, pero no en cualquier fuego."²

Nuestro mundo, obsesionado con la caza de la felicidad, socava nuestra capacidad para experimentar verdaderas alegrías y verdaderos sufrimientos, dejando en su lugar nada más que la mediocridad de pequeños placeres y pequeños aburrimientos, un estado de permanente insatisfacción que hace al hombre indiferente a lo que posee y ávido de lo que le falta. No cabe separar impunemente —como pretende nuestra sociedad narcisista— la blisqueda de la felicidad del conjunto de actividades, deberes y virtudes que traman la vida humana auténtica. Los hombres que han influido en la historia no se han preocupado de su felicidad, sino que han obedecido a su vocación de servir a los demás, a Dios, sin eludir los riesgos ni las desgracias de esta y, a veces, llegando hasta el sacrificio de su vida. La felicidad, entonces, les ha sido dada por añadidura.

A este olvido de sí mismos para responder a la llamada que nos dirige la sed profunda de los hombres, alienta Francisco a toda la Iglesia, es decir, cada uno de los bautizados. Somos misioneros renviados"). ¿En qué consiste nuestra misión? ¿La que se nos envía a los cristianos? El Cardenal Robert Sarah, Prefecto de la Congregación para el culto divino, señala en su libro *Dios o nada*, recientemente publicado en castellano:

"Ser misionero consiste en guiar a los hombres hacia una experiencia personal del amor inconmensurable del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para dejarse atrapar junto a ellos en la ardiente hoguera del amor manifestado de modo sublime en la Cruz. [...]"

² *El equilibrio y la armonía*. Rialp, Madrid 1978, 76.

³ Cf. *ibid.*, 76s.

PRÓLOGO

La misión no consiste únicamente en transmitir un mensaje, sino en ayudar a los hombres a encontrar a Cristo y tener una experiencia íntima de su amor."⁴

Nuestros hermanos los hombres necesitan volver a aprender la esperanza de encontrar este amor. Lo señalaba de forma sencilla Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*: *"Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible."* Para ayudarnos a comprender, propone el papa emérito como ejemplo de lo que significa encontrarse realmente y por primera vez con ese Dios a Josefina Bakhita, niña africana sucesivamente vendida como esclava y torturada por sus dueños, hasta que finalmente su último comprador la lleva a Italia donde conoce al 'paron' supremo que es Dios, dueño y señor de todos los señores, que la conocía, la había creado y la amaba. Él había querido ser personalmente maltratado, y la esperaba a ella a la derecha del Padre. Escribe Benedicto XVI: *"en este momento tuvo "esperanza": [...] yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa."* De esta gran experiencia de amor liberador surgió en ella la vocación religiosa y el afán por extender a todas las personas posibles esta liberación y este encuentro con Dios. En efecto, *"el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. [...] Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva."*

⁴ *Dios o nada*. Palabra, Madrid 2015, 284s.

⁵ BENEDICTO XVI, *Carta Enc. Spe salvi* (30 de noviembre de 2007), 3.

⁶ *Ibid.*, 2.

Este encuentro absolutamente particular de la persona humana con Dios, esta intensa experiencia de amor es la clave para la renovación espiritual del mundo, de la Iglesia, especialmente de los sacerdotes, consagrados. Y para que tal encuentro se haga posible, es preciso abrir la puerta de la oración, cultivar el huerto de una intensa vida interior, hasta el punto de que podemos afirmar sin exageración que *"la oración es la necesidad más importante del mundo actual, el instrumento para reformar el mundo."* ¿No es este, quizá, el mensaje proclamado silenciosa y mansamente por Benedicto XVI desde el momento de su renuncia? ¿No está sin palabras enseñando de la manera más elocuente la primacía de Dios, la necesidad de evitar la herejía de las obras? ¿No es un modo extraordinario de transmitir que el Cristianismo es un acontecimiento, el encuentro con una persona?

En este mundo atomizado y enloquecido por la idea de autonomía, aprender a esperar de nuevo a este amor inconmensurable exige pues entrar *"más adentro en la espesura"* (san Juan de la Cruz) del espíritu, en la contemplación silenciosa y la escucha de Dios en la oración. Cuando nadie me escucha, cuando ya no puedo hablar con ninguno ni invocar a ninguno, si ya no hay nadie que pueda ayudarme, sí me veo relegado a la extrema⁸ soledad... Dios está íntimamente cerca, me escucha y puede ayudarme. Este camino interior exige una disposición, un aprendizaje, es imprescindible abrirse a Él, a los demás, liberarse de mentiras ocultas, abrirse a la verdad liberadora, aprendiendo a desear no cosas banales y superficiales. Como se explica muy bien en las contribuciones que se reúnen en este libro, la *mundanidad espiritual* que denuncia Francisco proviene de este desbarro de los deseos del cristiano: no es más que una egolatría, una sed de éxitos humanos, poder y ambi-

⁷ *Dios o nada*, cit., 179, cf. *ibid.*, 305ss.

⁸ Cf. *Spe salvi*, cit., 32-33.

ciones personales, de reconocimiento político y mediático.⁹ De hecho, la verdad que ilumina el desorden del deseo (la concupiscencia) rompe nuestras prisiones interiores, pues el hombre que no está en la verdad de Dios, aunque no lo perciba se halla prisionero de su ego. En este sentido, la evangelización viene a saciar una fe que consistía en una bitsqueda de la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo.¹¹ Esa verdad es "*la Tunica que procura paz al corazon*".¹¹ Sin ella somos extraños a nosotros mismos, estamos separados de lo más hondo de nuestro ser, separados de Dios, esclavos de nuestras propias tinieblas.

Por eso, afirma el Cardenal Sarah, "*la exhortación a salir de uno mismo para evangelizar es un breve resumen del ser cristiano. No podemos sino rebozar¹² de alegría por hablar de Dios a los hombres que no lo conocen*"¹³, porque la alegría es patrimonio de los que dan, y más si se dan a sí mismos. Si por este aprendizaje debe pasar todo hombre, nos dice Benedicto XVI, Francisco señala esta vía a toda la Iglesia para alcanzar una renovación misionera, una verdadera transformación espiritual.

Es necesario y posible el optimismo de la misión, de la renovación, sin que ello impida la clarividencia para ver los males que afectan al mundo y a la Iglesia: "*hay que creer pese a todo, porque esa es nuestra vocación cristiana. Hay que creer en el futuro de la Iglesia, que ha superado tantas crisis. Hay que creer que el vencedor es Cristo. Hay que creer con una paciencia grande y enamorada.*"¹⁴ Esta fe humilde

⁹ "*La vida feliz es gozar de la verdad, porque es gozo de ti, que eres la verdad. 1.4 Todos desean la alegría de la verdad.*" (San Agustín, *Confesiones*, X, cap. 23, 33)

¹¹ Cf. PABLO VI, Carta Enc. *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 78,

¹¹ *Ibid.*

¹² *Dios o nada*, cit. 286.

¹³ Cf. TOMÁS MORALES, SJ, *Coloquio familiar*. BAC, Madrid 2013, 71.

¹⁴ *Dios o nada*, cit. 279.

y firme explica por que ha hablado tanto Benedicto XVI de la alegría cristiana "y por qué su rostro está¹⁵ iluminado por una tierna y profunda sonrisa marcada por la bondad."

Una de las más graves enfermedades del apóstol de Cristo es el frío, la triste sensación de derrota, el pesimismo que esteriliza sus esfuerzos. Resistamos a la tentación de hacer de los problemas cotidianos, por graves que sean, excusas para frenar nuestro compromiso y nuestra entrega. *"La dificultad de cada instante puede transformarse en fuerza y perfila el horizonte que nos permitirá crecer. Hay que conservar la mirada de fe. La duda no es cristiana. [...] Nosotros seremos siempre instrumentos frágiles e ineptos; pero hemos de mantener el rumbo de la esperanza en Dios."*

Pidamos a Dios que, como al tullido de nacimiento, nos cure de nuestro entumecimiento espiritual, la acedia, si hemos caído en ella, y que nos levantemos para ofrecemos¹⁷ e ilusionarnos con la *"dulce y confortadora tarea de evangelizar"*¹⁶, supliquemos también ser fortalecidos en la conciencia de que *"sí bien esta misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es¹⁸ ante todo de Él, más allá de lo que podemos descubrir y entender."*

¹⁵ *Ibid.*, 292.

¹⁶ *Ibid.*, 289s.

¹⁷ Exh. Apost. *Evangelii gaudium* 9.

¹⁸ *Ibid.*, 12,